

MI PRIMER VIAJE

A principios de los años noventa, era propietario de una mallorquina de 38 palmos (estas embarcaciones se miden por palmos). Disponía de dos literas en su interior y un pequeño lavabo y WC. Un motor Mercedes de gasóleo marinado por Solé y la rueda de timón exterior. Se llamaba "Dolça IV".

Era verano y un yerno mío y yo concebimos, la idea de "cruzar el charco", perdiendo tierra y fijando como destino: IBIZA.

Era la primera vez que iba a efectuar una travesía de esta naturaleza. Disponía de un GPS monocolor de la marca Garmín que únicamente daba las coordenadas y trazaba rumbo y velocidad.

Comunicamos nuestro propósito a la familia y convinimos un viaje conjunto, nosotros dos en la Dolça y el resto de la familia vendría y volvería con la Transmediterránea.

Con ilusión y emoción y sobre la carta náutica trazamos rumbos y puertos de arribada. Planeamos ir costeando hasta Valencia y allí decidir si cruzar directamente o llegar a Denia y cruzar desde allí.

Desde Valencia hay unas ochenta millas náuticas y desde Denia unas cincuenta. Decidimos las rutas y paradas: De Palamós a Port Ginesta, de Port Ginesta a la Ametlla, de la Ametlla a Valencia, y de Valencia valoraríamos si llegar directamente a Sant Antoni de Portmany en Ibiza.

Llegado el día, preparamos nuestros respectivos "petates" y algo de comida y bebida, para la primera travesía y partimos costeando hacia Port Ginesta con un mar tranquilo que nos acompañó en todas las travesías. Mantuvimos una velocidad entre siete y ocho nudos e íbamos turnándonos en la rueda del timón y gobierno.

Plácidamente llegamos a Port Ginesta hacia finales de la tarde. Solicitamos amarre para pasar la noche y desembarcamos esperando a la familia (entonces aún vivíamos en Barcelona), con la que habíamos convenido encontrarnos para cenar en uno de los Restaurantes que hay en el Puerto.

Instalados en una mesa exterior del Restaurante veíamos pasear a la gente por el Paseo Marítimo lindante con el primer muelle de atraque para embarcaciones. Hacía una noche cálida de verano y la fragancia intensificada de las flores te hacía sentir vivo.

Mientras cenábamos, apareció por el paseo un "mimo" que se iba colocando pegado unos centímetros detrás, a la izquierda o a la derecha, de alguno de los transeúntes que elegía al azar para imitarlos. Lo hacía con tal habilidad que resultaba un doble exacto e inmediato, en sus movimientos, de la persona que imitaba, la cual, por otro lado, no se daba cuenta de lo que estaba pasando.

La imitación era perfecta y provocaba la hilaridad y aplausos de los comensales del Restaurante. Muy educadamente, al final de cada imitación, el "mimo" se presentaba al imitado. La de aquella noche fue una experiencia muy agradable.

Dormimos, mi acompañante y yo, en la Dolça y a la mañana siguiente, temprano partimos para la Ametlla a la que llegamos también por la tarde y donde, previo solicitar amarre, pasaríamos la noche.

Allí nos esperaba un socio de mi despacho que tiene un apartamento allá y con él nos fuimos a cenar a uno de los restaurantes del puerto (naturalmente pescado fresquísimo).

Cuando llegamos a la Dolça debían ser aproximadamente las doce de la noche y una vez en la embarcación, entonados por el vino y copas bebidos, nos miramos y nos preguntamos ¿tienes sueño?, ¿nos atreveríamos a navegar de noche? Dicho y hecho.

La Dolça estaba amarrada de proa al muelle por lo que para salir teníamos que ciar, lo que hicimos con tan mala fortuna que la guía se enredó en la hélice. Mi acompañante se metió en el agua y sumergido la desenredó.

Una vez libres, partimos de noche rumbo a Valencia, pero resultó que, toda la visibilidad de que gozábamos en el puerto, debido al alumbrado del mismo, desapareció en cuanto cruzamos la punta de la bocana.

Era una noche negra como la boca de un lobo y dudé si continuar o regresar nuevamente al amarre.

La salida del puerto de la Ametlla era peligrosa al estar cerca de la desembocadura del Ebro donde se forman barras de arena y hay muchas embarcaciones pescando, incluso con artes de arrastre, que hacen peligrosa la navegación para otras embarcaciones, sobre todo si no conocen bien la zona.

Al final tomé la decisión, un poco temeraria, de continuar y salimos airoso del lance yendo poco a poco y ojo avizor.

En esta travesía se quemó la junta de escape y el motor empezó a echar humo y a hacer un ruido considerable.

Al atardecer, intuíamos que ya debíamos estar próximos a Valencia, divisamos un puerto que, por sus dimensiones, nos pareció el puerto de Valencia. Nos dirigimos hacia él y al entrar vimos que estaba prácticamente vacío y nos preguntamos ¿cómo podía ser?

Después de darnos una vuelta sin encontrar barco o persona a quién preguntar, caímos en la cuenta de que se trataba del Puerto de Sagunto, puerto industrial entonces prácticamente en desuso, y que se encuentra a unas pocas millas antes del de Valencia.

Rápidamente y a toda máquina nos dirigimos al Puerto de Valencia pues estaba declinando el sol y pronto se haría de noche. Nuestra pretensión era llegar con luz de día.

Lo conseguimos, todavía con algo de luz diurna, aunque el ocaso ya se había producido.

Al día siguiente, una vez bien amarrados, teníamos que buscar un taller que reparase la Dolça. Preguntamos en el Club náutico, pero resultó que, como era sábado, nos dijeron que hasta el lunes no encontraríamos a nadie. De todas formas, nos sugirieron que preguntásemos en la zona de carenado a los marineros por si podían localizar a alguien.

Después de muchas pesquisas y gracias a las sugerencias que nos dieron los marineros, contactamos con una persona a la que ellos se encargaron de localizar y a la que, por razones de confidencialidad, llamaremos Emilio, que se mostró dispuesto a reparar la Dolça.

Emilio nos dijo, después de examinar la embarcación, que se había quemado la junta del colector de escape y lo que procedía era cambiarla, pero que no podría hacerlo hasta el lunes, pues necesitaba la junta nueva y además estaba muy cansado.

Emilio... Intimamos. Era todo un personaje. Tenía el título de piloto de avión y de Patrón de Yate. Por aquel entonces debería estar cercano a los ochenta años y nos contó que acababa de llegar de Cuba.

Para acreditarlo nos enseñó unas fotos suyas en la habitación del hotel con dos cubanas "despelotadas" saltando encima de la cama. Por eso estaba cansado...

Aquellos días que pasamos en Valencia, en compañía de Emilio, fueron muy agradables. Le invité a comer todos los días y cuidó de llevarnos a "barracas" y restaurantes típicos donde disfrutamos de unos arroces deliciosos.

En fin, llegado el lunes hizo la reparación y bien hecha, pues ya no volvimos a tener problemas. Una vez arreglada la Dolça, decidimos partir directamente hacia Sant Antoni de Ibiza (80 Mn aproximadamente).

Hacia media travesía, cuando ya habíamos perdido tierra, vimos un ave patilarga posada con la planta de sus patas en la superficie del mar, sin que su cuerpo reposase en el mismo, es decir aguantándose en la superficie del mar con la patas como si de tierra se tratase. Lógicamente nos pareció raro. Un fenómeno insólito. Cuando nos acercamos pudimos comprobar que estaba reposando sobre el caparazón de una tortuga de considerables dimensiones.

El ave emprendió el vuelo y la tortuga se sumergió.

Fue en esta travesía cuando, por primera vez, con una embarcación gobernada por mí, perdí tierra de vista.

Una sensación de incertidumbre e inseguridad me envolvió.

Tenía que comprobar que los datos del GPS y los cálculos efectuados eran ciertos y no habría error. Un error podía situarme perdido en pleno Mediterráneo.

Al fin divisamos tierra: "tierra a la vista". Pero ¿sería Ibiza? ¿Era acaso Mallorca o Formentera?

La primera impresión fue de tranquilidad, fuera lo que fuera, era tierra y nos dirigimos a ella siguiendo las indicaciones y rumbo del GPS. Cuando efectivamente comprobamos que se trataba de Sant Antoni y que íbamos directos al Puerto tuve una de las satisfacciones más plenas de mi vida.

Me sentí capaz de ir por mis propios medios a cualquier punto del planeta e incluso llevar a otras personas.

L'Estartit a 21 de abril de 2020